



**BAJO LA SOMBRA DE  
LA ACACIA**

Jaime Bocanegra Delgado

© Jaime Orlando Bocanegra Delgado, 2017  
Todos los derechos reservados.

*Para Juliana, la luz de mi vida y la fuente de mi inspiración.*



# Índice

El ruido de la tierra .....	9
El secreto de los ancestros .....	12
Regreso a casa .....	16
Un pacto de sangre .....	19
Dolor de patria .....	22
El sueño de la capital .....	24
Un pueblo olvidado por la muerte.....	27
La muerte del campesino .....	31
El vacío del silencio .....	36
La historia de un nuevo amor .....	40
La maldición del apellido Lozano .....	44
La botica.....	47
Una luz de esperanza .....	50
La niña y el espíritu .....	53
Una familia extraordinaria.....	57
La venganza de Casilda.....	61
Un desastre anunciado.....	64
La osadía de la juventud .....	67
El regalo de bodas .....	71
El rostro de la muerte .....	75
Reunión familiar .....	79
Las últimas palabras.....	82
Recuerdos familiares .....	85
Huellas de sangre .....	93
Una mujer decidida.....	97
La vida a través del cristal.....	102
Vientos de cambio .....	109
Una generación de maestros .....	112
La fuerza del amor.....	117

El secreto de la pequeña.....	120
Una generación indolente .....	125
En busca de respuestas.....	129
Tristeza infinita .....	132
Dos grandes amigos .....	136
La sonrisa de la vida .....	140
Cambio de color.....	143
El último recuerdo.....	146
Epílogo .....	149
Agradecimientos.....	151

## El ruido de la tierra

Tan solo unos días más tarde los habitantes de Villa Cúcuta recordarían las palabras que la india Esate había pronunciado antes de salir corriendo de la casa de los Téllez negándose a traer otro niño varón al mundo. «Con esa criatura llegarán desgracias» —dijo entre lamentos—. Ella misma había sido la encargada de recibir a los otros trece chiquillos mocosos y ocho niñas famélicas que la miraban con ojos de sorpresa mientras corría descalza y harapienta calle abajo gritando a los cuatro vientos. Nunca más la volvieron a ver y los vecinos quedaron sorprendidos; no solo por sus presagios, sino por el hecho de que era la primera vez que la india Esate decía una palabra: era sordomuda y había dedicado su vida a traer niños al mundo sin oírlos llorar.

Sin la ayuda de la matrona el parto duró dos días con sus noches. El primer lamento de la madre se escuchó a varios kilómetros a la redonda a las cinco de la mañana del 17 de mayo de 1875. Desde la casa de los Téllez la ciudad se comenzó a agrietar; una hendidura profunda avanzó en todas las direcciones provocando que las ollas de barro se resquebrajaran al caer de los estantes y los cucharones de madera volaran por el aire. Esa misma tarde, el pueblo entero se sacudió varias veces mientras se escuchaban gritos fuertes y prolongados de dolor; muchos de los habitantes sintieron temor y los más sensatos decidieron salir corriendo detrás de la vieja Esate.

Vicente M. Téllez nació al día siguiente a las once y cuarto de la mañana; se conoce la hora exacta porque quedó marcada en el reloj de la iglesia que encontraron meses después debajo de los escombros. Su primer llanto duró cuarenta segundos, exactamente el mismo tiempo que el gran terremoto que sacudió toda la ciudad. Momentos después de su nacimiento apareció una espesa nube de polvo producto de las casas destruidas, los adoquines quebrados y las tejas desportilladas envolviendo algunas de las poblaciones más cercanas; solo días después se volvería a ver el sol. Como si fuera poco el viento cesó, haciendo que una ola de calor insoportable se sintiera después del temblor y que el olor fétido de los cadáveres llegara hasta la capital.

De las ruinas de la ciudad se sacaron los cuerpos sin vida de doscientos cincuenta hombres y ciento noventa mujeres; no obstante el desastre fue mucho mayor contando los destrozos producidos por las casas derrumbadas en un radio de treinta kilómetros a la redonda. Cuando las noticias pudieron llegar, también se supo que aquel mismo día en varios lugares cercanos afloraron aguas termales con olores sulfurosos y en algunas zonas se fracturaron las rocas, generando emanaciones de petróleo que más adelante se convertirían en una maldición.

Fueron días negros para la región, las primeras ayudas oficiales encabezadas por una donación de la reina Victoria de mil libras esterlinas llegaron varios meses tarde; el calor, el hambre y las enfermedades habían cobrado muchas vidas más. El tiempo continuó con su paso inexorable y la predicción pronto fue olvidada: el niño se encontraba vivo y sano en una finca a varios kilómetros

de distancia junto a su madre y a sus veintiún hermanos, que milagrosamente habían sobrevivido.

La india Esate tenía razón: la desgracia se presentó justo en el momento en el que Vicente había llegado al mundo, pero lo que nunca mencionó es que él nada tuvo que ver.